

Las Escuelas del Ave María: una institución renovadora de finales del siglo XIX en España

FRANCISCO CANES GARRIDO

Departamento de Teoría e Historia de la Educación
Facultad de Educación. Universidad Complutense. Madrid

RESUMEN

Andrés Manjón fundó, en 1889, la primera Escuela del Ave María en un carmen de dicha ciudad. En ella impartió la enseñanza gratuita a los hijos de pobres familias gitanas con el fin de regenerarlos e integrarlos en la sociedad. En un ambiente alegre y profundamente católico, la enseñanza de la religión fue el centro de su pedagogía y el maestro prestaba un servicio a Dios y al hombre. Pretendía formar perfectos cristianos. Criticó los métodos tradicionales y utilizó los activos, apoyándose en la intuición, procurando atender las necesidades del niño. Cuando el tiempo lo permitía se impartía la enseñanza al aire libre, en contacto directo con la Naturaleza, considerada obra de Dios. El juego y el trabajo manual eran frecuentes para los niños de todas las edades, desde el parvulario, preparándolos en un oficio para incorporarlos al mundo laboral. También creó un Seminario para la formación de futuros maestros. Las Escuelas del Ave María están consideradas como una experiencia pionera de la Escuela Nueva y contaron con un gran apoyo social. Se extendieron rápidamente por España y otros países, adelantándose a las primeras Escuelas al Aire Libre aparecidas en Europa a comienzos del siglo XX.

ABSTRACT

Andrés Manjón founded, in 1889, the first Ave Maria School in a "carmen" of that city. Here he gave free introduction to poor children of gypsy families, for the purpose of improving their lot and integrating them into society. In a harmonious and profoundly catholic atmosphere, the teaching of religion was the center of his pedagogy and the teacher gave service both to God and man. He tried to form perfect christians. Criticized traditional means and utilized modern methods, supported by intuition, while trying to meet the needs of the child. When possible, instruction was given outdoors in contact with Nature, which was considered God's work. Play and manual work were frequent for children of all ages from kindergarten, to prepare them for a trade. He also established a normal school for training future teachers. The Ave Maria schools are considered a pionner experiencie of the

“New School” and they received much social acceptance. They spread rapidly in Spain and other countries, in advance of the first Open Air Schools, which appeared in Europe in the early 20th century.

1. Introducción

El siglo XIX no fue de muy grato recuerdo para gran número de españoles, entre los cuales se encontraba Andrés Manjón, Catedrático de Derecho Canónico de la Universidad Literaria de Granada y de la Facultad de Derecho del Colegio del Sacro-Monte, de la misma ciudad, de cuya Colegiata fue nombrado canónigo en 1886, ordenándose sacerdote pocos días después, a los cuarenta años de edad. Habiendo nacido en Sargentos (Burgos), en 1846, y muerto en Granada, en 1923, vivió en sus propias carnes los avatares históricos, llegando, en 1915, a darnos la siguiente opinión: “Allá en el siglo que pasó, en el siglo de las constituciones y las conspiraciones de la indisciplina y de los pronunciamientos, de los oradores y de los periodistas, de los políticos y los caciques, de las guerras civiles y desastres coloniales, y, en suma, de la verborrea y de la desarticulación política y social, de la decadencia y vergüenza nacionales, siglo que de buena gana borraría, si pudiera, de la historia por el honor de mi patria” (Manjón, 1956, p. 375).

En 1898 perdimos nuestras últimas colonias de ultramar, y gran parte del pueblo, empobrecido, pasaba hambre. La enseñanza, a finales del siglo pasado, se encontraba en un estado caótico. Según la legislación debía ser obligatoria y gratuita, para los que no pudieran pagarla, pero la precaria economía no permitía atender las necesidades escolares. Faltaban escuelas, y las que había, instaladas en locales deficientes y sin patio para recreo, no reunían las mínimas condiciones higiénicas ni pedagógicas. Los maestros carecían de la debida preparación pedagógica y estaban mal pagados económicamente y mal considerados socialmente. Se veían obligados a recurrir a los métodos tradicionales de la enseñanza muy criticados por los nuevos postulados de la Escuela Nueva, pues, debido a la falta de espacio, los alumnos permanecían hacinados en un ambiente perjudicial para la salud, durante las horas de clase. Se carecía del material didáctico necesario, por lo que, en muchas ocasiones, el maestro era casi el único recurso disponible. Los políticos, concedores de la situación se veían impotentes para resolver el problema. Como consecuencia de ello más de la mitad de la población era analfabeta, ocupando España, junto con Rusia, los peores lugares entre los países europeos.

Si la situación era mala en el ámbito rural, no lo era mejor en el urbano, donde grupos marginales no habían acudido nunca a la escuela y vivían de

la caridad pública. Granada, al igual que otras ciudades, tenía en sus alrededores gran número de familias pobres. En 1888 existían 19 escuelas públicas municipales en el casco urbano, además de otras libres o privadas donde no podían acudir los pobres por carecer de recursos para pagarlas. Los barrios extremos, donde vivían las gentes más humildes, con una población de más de 25.000 almas, carecían de escuelas. Esta fue la causa que impulsó al padre Manjón a abrir escuelas gratuitas para los niños pobres y abandonados de la ciudad (Manjón, 1956, p. 275). Pensaban, los regeneracionistas españoles, que la educación era un medio para sacar al país de la postración en que se encontraba.

2. Origen y desarrollo de las Escuelas del Ave-María

Andrés Manjón bajaba todos los días de la Abadía del Sacro-Monte para dar sus clases en la Universidad. Por el camino divisaba las humildes cuevas donde habitaban los gitanos, pueblo sumamente ignorante, que vivía en extrema pobreza y estaba sumido en una gran degeneración moral y social. Un día, de 1888, se sintió atraído por el canturreo de la doctrina cristiana que procedía de una de las cuevas cercanas al Camino del Monte. Se dirigió hacia allí y divisó a una anciana mujer, pequeña y vulgar, conocida por “maestra migas”, rodeada de unas diez chiquillas, a las cuales cobraba entre dos y cinco céntimos diarios por cuidarlas y enseñarles a rezar y leer. Impresionado por la acción de esta mujer, salida del Hospicio, con tres hijos y sin recursos para vivir, le ofreció una cueva mejor en la que, una vez instalada, duplicó el número de alumnas. A partir de entonces, se prestó a ayudarla ofreciéndole comida y el pago del alquiler de la cueva, a cambio, tenían que subir las niñas, los domingos y festivos, a la Iglesia del Sacro-Monte a oír misa, las explicaciones del evangelio y la doctrina cristiana. Transcurrido más de medio año, en el verano de 1889, la mujer hizo un viaje por mar a Barcelona para visitar a una hija y ya no volvió a verla. A pesar de los juicios peyorativos, que sobre ella se vertieron, tachándola de ignorante y loca, le enseñó más que ilustrados amigos y cuerdos consejeros, que le calificaron de loco por intentar fundar una escuela en aquella zona, pues, como él mismo dijo: “si con una tal Maestra y un tal local y tan escasos medios se ha podido organizar una escuela de niñas en el Camino del Monte, que era de lo más inculto y pobre de Granada, ¿quién duda que, mejorándolo todo se llegará a tener un colegio con todo cuanto se quiera?” (Manjón, 1900, p. 7).

Movido por tal ejemplo compró un carmen, que así se denomina en Granada a una casa de campo con jardín y huerta para recreo, debajo de la cueva anterior, y buscó una maestra, con título oficial, para instalar una escue-

la de niñas. Los niños disponían de escuela en los sótanos de la Abadía del Sacro-Monte. La escuela comenzó a funcionar el primero de octubre de 1889, con catorce niñas que fueron en progresivo aumento ya que a los cuatro días eran cuarenta y cinco, al mes setenta, a los tres meses ciento veinte y al año más de doscientas (Manjón, 1892, p. 3). Al llevar las niñas a sus hermanitos más pequeños, a los que no podían dejar solos, creó una escuela de párvulos al frente de la cual puso al marido de la maestra.

Para atender el elevado número de peticiones, se fueron comprando otros cármenes contiguos en los que, además de local para escuela, se construyeron habitaciones para maestros y el capellán, comedores, imprenta, etc. En 1892, había un carmen para escuela de niñas y otro para niños. En 1894, ya eran tres que en honor de la Sagrada Familia se llamaron: Jesús, para párvulos; José para niños; y María para niñas. Se dedicaban a la enseñanza de los 932 alumnos y de los talleres más de dieciocho personas (Manjón, 1895, pp. 21-22).

La matrícula fue creciendo de año en año, desde que se creó la primera escuela:

En el curso 1889-1890 hubo	200 alumnos.
En el curso 1890-1891 hubo	482 alumnos.
En el curso 1891-1892 hubo	575 alumnos.
En el curso 1892-1893 hubo	718 alumnos.
En el curso 1893-1894 hubo	835 alumnos.
En el curso 1894-1895 hubo	932 alumnos.
En el curso 1895-1896 hubo	1.431 alumnos.

Los alumnos del curso 1895-1896 se repartían en doce clases que, a su vez, se subdividían en varias secciones graduadas por edades y sexos:

VARONES

1. ^a clase de parvulitos menores de 7 años	192
2. ^a clase de párvulos de 7 y 8 años.....	124
3. ^a clase mayores de 8 años que no saben leer.....	153
4. ^a clase elemental de 9 a 10 años.....	169
5. ^a clase superior de mayores de 10 años.....	86
6. ^a clase nocturna de adultos	219

TOTAL 943

HEMBRAS

1. ^a clase de parvulitas menores de 7 años	166
2. ^a clase de párvulas de 7 y 8 años	146
3. ^a clase de 8 y 9 años	53
4. ^a clase elemental de 9 a 10 años	43
5. ^a clase superior de 11 y más años	57
6. ^a clase de adultas gitanas que asisten los domingos	23

TOTAL 488

Además de estos 1.431 alumnos había otros que estudiaban segunda enseñanza y la carrera de maestro (Manjón, 1896, p. 34). Los varones casi duplicaban a las hembras, si tenemos en cuenta que cuando empezó, en 1889, se pensó solo para niñas y destaca, sobre todo, el número de adultos sobre el de las adultas.

Los cármenes fueron aumentando en la misma zona. El 30 de enero de 1897, después de las obras, se inauguró el cuarto, para escuela de niñas, que se denominó de Santa Ana, madre de la Virgen María, y en 1900 ya eran dos cármenes más: el de San Joaquín y el de San Juan (Manjón, 1973, pp. 78, 83 y 96). Pocos años después el carmen de Salazar unió los seis anteriores con la Cuesta del Chapiz dando cómoda e independiente entrada a todos ellos, librándolos de las incomodidades e inconvenientes del Camino del Sacro-Monte (Manjón, 1956, p. 423).

Como no podía haber escuela y jardín sin templo, el 24 de marzo de 1897 se bendijo la Capilla, cuyo edificio sobresalía entre todos y evitó las molestias que causaban los niños al desplazarse a la Iglesia del Sacro-Monte para asistir a los oficios religiosos. La parte superior de la Capilla, que ocupaba el bajo del edificio, empezó a utilizarse como escuela en 1896 (Manjón, 1956, p. 102). La Capilla estaba pensada para acoger a unas mil personas y quedó pequeña desde el mismo día de su inauguración. Además de los actos religiosos también se utilizaba para los académicos y recreativos.

Este gran grupo escolar, frecuentemente visitado por toda clase de gentes, tanto españoles como extranjeros, ocupaba una extensión de alrededor de un kilómetro de largo, comprendido entre el Camino de la Abadía del Sacro-Monte y la derecha del río Darro. Estaba situado al Este de Granada en la zona conocida como el Valle del Paraíso, por la belleza del paisaje

frente a la Alhambra granadina. Se le dio el nombre de Ave-María por ser el título de la Catedral de Granada y se puso bajo la protección de la Virgen del Rosario (Manjón, 1956, p. 21). Estaba considerado como una colonia escolar permanente por su semejanza a las colonias escolares, extendidas por Europa, desde finales del siglo XIX.

Viendo que acudían a esta colonia niños de otros barrios lejanos, pensó rodear la ciudad con campamentos escolares. Al Norte, en el Paseo del Triunfo, en los barrios de San Lázaro y Cartuja, inauguró el 17 de abril de 1900 una Escuela del Ave-María para niños, que recibió el nombre de María Inmaculada. En una semana se matricularon 450 que se dividieron en cinco clases atendidas por seis profesores (Manjón, 1956, pp. 221 y 235). Al año de funcionar tenía ocho clases de día y dos nocturnas de adultos (Manjón, 1901, p. 382) y a los veinte meses la matrícula había subido a 1112 con una asistencia de entre 500 y 600 alumnos (Manjón, 1948, p. 172). Fue solo para varones y tuvo gran actividad pues contó además con un pujante centro, donde se reunían los días festivos los obreros, trabajadores y antiguos alumnos, se representaban obras teatrales y existía una Caja de Ahorros, préstamos y socorros mutuos. Los niños acudían todos los domingos al Catecismo en la Parroquia de San Ildefonso (Manjón, 1973, p. 221).

Otra colonia escolar del Ave-María para niñas y párvulos se inauguró el primero de enero de 1901, en el paseo del Camino de Huétor en el barrio de Quinta Alegre al Sur de la ciudad. Se prefirió a las niñas por existir cerca las Escuelas de los Padres Escolapios para niños. Desde el primer día dos maestras, que vivían en la misma escuela, atendían a las 127 criaturas matriculadas “de las cuales hay 104 que no conocen la a, 123 que no saben leer y 126 que no saben rezar el santo rosario, ni de él han oído hablar; y de los 80 párvulos, es raro el que se sabe santiguar. Esto prueba la necesidad de aquella escuela y lo que importa educar a la mujer para que eduque al niño” (Manjón, 1973, p. 245). Las clases se daban en la Iglesia hasta que se terminó de construir, junto a ella, el nuevo edificio para escuelas el 12 de junio de 1901 (Manjón, 1973, p. 261). A los pocos días eran 250 escolares que se repartieron en cuatro clases (Manjón, 1901, p. 383) y antes de finalizar el año la matrícula llegaba a 400 con una asistencia de 300 (Manjón, 1948, p. 171).

Para completar los campamentos escolares de los cuatro puntos de Granada, se inauguró, el día de la Virgen del Rosario de 1907, el Colegio de las Vistillas de los Angeles en el barrio de San Cecilio que pasó a llamarse “María del Santísimo Rosario” (Manjón, 1956, pp. 426-427). Quedaron así cubiertas las atenciones escolares de los barrios periféricos de la ciu-

dad, llegando a tener los niños pobres mejores escuelas que la mayoría de los niños ricos. Todas ellas estaban a rebosar de alumnos hasta el extremo de no poder admitir más por falta de espacio donde meterlos, llegando los parvulistas a tener más de 100 alumnos (Manjón, 1973, pp. 315, 285 y 286).

Las fundaciones del padre Manjón, en la ciudad de Granada, se completaron con el carmen de la Victoria, conocido también por del Pilar y Santiago, situado al final de la calle de San Juan de los Reyes frente a las Escuelas del Ave-María del Camino del Sacro-Monte. Fue un antiguo convento con un edificio de dos plantas, con jardín y huerta, que sirvió para experiencias agrícolas. Se inauguró el 14 de octubre de 1899 para Escuela de Artes y Oficios también llamada de Artesanos. Llegó a tener clases de adultos, de teneduría de libros, de dibujo, talleres de carpintería, alpargatería, zapatería e imprenta (Manjón, 1973, pp. 183, 189, 198, 200, 209, 213, 229 y 331). En 1905, se instaló, en él, el Seminario para la formación de maestros del Ave-María (Manjón, 1956, pp. 423-424).

Una de las fundaciones más queridas por Manjón fue la de Sargentos (Burgos). Empezó a funcionar en octubre de 1893 para niñas y párvulos, pues los niños tenían escuela en el pueblo. Fue la segunda fundación de Escuelas del Ave-María y la primera fuera de Granada. Las causas fueron: ser su pueblo natal; estar atrasado e inculto; aislado de los medios de comunicación; ser frío y pobre; contar con casa, huerta y otros medios económicos; y dotarlo de una buena escuela, completamente distinta a la que él asistió en su infancia. Como el pueblo tenía sólo sesenta habitantes creó un internado donde residían alumnas venidas de otros pueblos vecinos. Allí se dormía, guisaba, comía y estudiaba por una peseta al mes. La mayor parte de lo que necesitaban lo traían de sus casas y lo que faltaba lo ponía la Escuela. Todas las alumnas colaboraban, por turnos, en los quehaceres domésticos y cuidaban de la huerta, pues siendo para pobres no podían permitirse criadas. Pretendía formar maestras rurales, fuera de las Escuelas Normales oficiales que existían en las ciudades donde el ambiente urbano era completamente distinto. Al principio se puso la Escuela a cargo de una joven del pueblo que la dejó, al casarse, por no poder atenderla. En 1895, se hace cargo de ella Magdalena Martín, maestra con calificación de sobresaliente y alumna, que fue, de la Escuela del Ave-María de Granada. Con ella aumentó el número de alumnas llegando a 84 en el curso 1897-1898 y a 30 internas y 60 externas en el de 1898-1899. Al enfermar, por exceso de trabajo, le ayudaron otras dos compañeras procedentes de Granada. Las tres regresaron a su ciudad, en julio de 1900, y ya no volvieron, atravesando la Escuela, a partir de entonces, momentos difíciles y bajando considerable-

mente el número de alumnas (Manjón, 1973, pp. 49, 50, 58, 136, 161, 271 y 368). La maestra, asesorada por el farmacéutico tenía a su cargo un botiquín que atendía también las necesidades del pueblo y los domingos por la tarde acudían las mujeres a la escuela dominical donde se les enseñaba a rezar y otras oraciones y devociones. La madre de Manjón fue la primera cocinera hasta que murió en febrero de 1898. Fue como una madre para las alumnas, dejando todos sus bienes a la Escuela (Manjón, 1898, pp. 1-30). Manjón visitaba la Escuela todos los veranos y mantenía periódica correspondencia con las maestras que le tenían informado de cuanto acontecía.

Volviendo a Granada, tenemos que decir que, en 1907, asistían a las Escuelas del Ave-María unos 2.500 niños pobres y 250 adultos o trabajadores. Colaboraban 40 maestros, 25 aspirantes al magisterio, 11 sacerdotes, 12 aspirantes al sacerdocio, varios dependientes y empleados en labores y oficios y numerosos amigos y simpatizantes que las animaban, sostenían y apoyaban. Los alumnos estaban agrupados en 38 clases repartidas entre las cinco colonias y los adultos contaban con cinco clases nocturnas y una dominical (Manjón, 1946, pp. 318-319).

En años sucesivos se extendieron por España y otros países, pasando, en 1920, de 300 las que llevaban su nombre y triplicaban esta cifra las que se asimilaban o tomaban sus procedimientos (Manjón, 1956, p. 491).

Para llevar a cabo tan difícil empresa contó con ayudas tanto en metálico como en especie. El dinero procedía: de la venta de los libros que salían de la imprenta del Ave-María; de las limosnas en forma de suscripción, de eventuales, de actos benéficos, o de legados; de subvenciones del Cabildo del Sacro-Monte, del Ayuntamiento y Diputación Provincial de Granada, y del Estado; y de cupones y dotes para los educadores que trabajaban en las escuelas. Veamos algunas cifras, en pesetas, sacadas de sus *Memorias*:

	<i>Ingresos</i>	<i>Gastos</i>
1894	6.536	20.105
1895	14.810	33.317
1896 hasta junio de 1897	24.300	37.001
1-VII-1897 a 31-XII-1898	38.031	53.051
1900 y 1901	89.000	125.000
1904	48.723	50.590

El importante déficit siempre se cubría con los donativos, bastantes de ellos anónimos, no dejando a deber nada al finalizar el año. El gasto medio para atender a los profesores, niños y escuelas era de unas 125 pesetas diarias (Manjón, 1902, p. I). Estas cantidades fueron aumentando, aproximándose los gastos, en los primeros años de este siglo, a unas 50.000 pesetas. De esta cantidad sólo procedían de Granada unas 12.000, siendo el resto de otros lugares de España y el extranjero, destacando Madrid entre todos los demás (Manjón, 1956, pp. 452-453).

También se recibían ayudas en especie: ropas, calzados, alimentos, material didáctico escolar y para la construcción de los edificios, medicinas, etc. Incluso los trabajadores de las obras ofrecían horas gratuitas, mientras éstas duraban, y los profesores y ayudantes seguían el mismo ejemplo.

El 29 de junio de 1902 se constituyó la Sociedad Escolar del Ave-María, cuya Junta directiva estaba compuesta por un director, dos asesores, uno de los cuales era subdirector y el otro secretario, y un tesorero. Esta Junta se encargaba de los asuntos intelectuales, morales, legales y económicos (Manjón, 1973, p. 295), pero seguía siendo Manjón el que tomaba las decisiones (Manjón, 1973, p. 316). La constitución de la Junta fue, más bien, un trámite legal para poder mantener el importante patrimonio conseguido hasta entonces.

3. Pensamiento pedagógico

Es costumbre, en las universidades españolas, que un profesor se encargue de pronunciar la lección inaugural de cada curso. El 5 de noviembre de 1896, el Rector de la Universidad Literaria de Granada comunicó a Manjón que preparase el discurso, para el próximo curso, a lo cual no pudo negarse por haberlo hecho cuatro años antes excusando mala salud. A partir de entonces empieza a leer libros pedagógicos, con mayor frecuencia en el verano de 1897, terminándolo el 13 de septiembre. En su *Diario* aparecen las opiniones que se desprenden de algunas lecturas con las cuales no está muy de acuerdo, por sus creencias religiosas, como son los escritos de la Institución Libre de Enseñanza o *La Ciencia de la Educación* de Bain. El día 1 de octubre de 1897, a las 12 de la mañana y con la asistencia de 30 profesores y unos 500 alumnos leyó su discurso que trató de las “Condiciones pedagógicas de una buena educación y cuáles nos faltan” (Manjón, 1973, pp. 87, 119, 120, 126 y 129).

En 1915, nos dice que las ideas expresadas en aquel discurso fueron la base de las Escuelas del Ave-María en su desarrollo (Manjón, 1956, p. 375).

Es por ello, que las exponemos a continuación, muy brevemente, en el orden en que aparecen en dicho discurso.

Define la Pedagogía como “la ciencia y el arte de educar e instruir al hombre, esto es, un conjunto de principios científicos y reglas prácticas cuyo objeto final es hacer hombres cabales y completos, tal cual Dios los quiere y la sociedad los necesita”; y Educación “es cultivar y desarrollar cuantos gérmenes de perfección física y espiritual ha puesto Dios en el hombre” (Manjón, 1905, p. 5). Ve en la educación un poderoso medio para la redención social e individual y la medida para conocer el progreso de un pueblo. El pedagogo tiene que ser antropólogo para conocer la naturaleza del educando; debe ser teórico y práctico, sabedor de los métodos y experimentado en los procedimientos de enseñanza.

Pasa luego a describir las condiciones pedagógicas para alcanzar una buena educación:

- Debe ser una, por el fin cristiano que persigue y la unidad de criterio del magisterio, que educa, al aplicar los procedimientos y métodos pedagógicos.
- Debe ser integral, para que abarque al hombre todo, haciéndolo completo, sano y apto en alma y cuerpo para cumplir su destino temporal y eterno.
- Debe comenzar desde la cuna, desde la más tierna infancia, preferentemente a la mujer, ya que al hombre lo forman las madres y son las primeras y principales educadoras de los niños.
- Debe ser gradual y continua, de acuerdo con el desarrollo físico y espiritual del educando, y ajustada, en su proceso, a las distintas facultades y tiempos.
- Debe ser progresiva, como consecuencia de lo anterior, ascendiendo despacio y gradualmente, en el perfeccionamiento: “de lo sensible a lo espiritual, de lo espontáneo a lo reflexivo, de la percepción a la observación, de lo exterior a lo interior, de lo concreto a lo abstracto, de lo particular a lo general, de lo fácil a lo difícil, de lo conocido a lo desconocido” sin dejar lagunas que retrasarían el aprendizaje (Manjón, 1905, p. 14).
- Debe ser secular, tradicional e histórica, haciéndola apta para disponer de los bienes legados por las generaciones precedentes y transmitirlos aumentados a las generaciones siguientes, aprovechando las experiencias del pasado.

- Debe ser orgánica y armónica, para que el cuerpo y el alma vivan en armonía y sus facultades sean desarrolladas según pida su naturaleza.
- Debe ser instructiva y educadora, pues la educación y la instrucción son necesarias y complementarias.
- Debe ser convergente, orientada constantemente hacia un objetivo, trabajando con método en orden a un fin determinado.
- Debe ser activa, tanto por parte del alumno como del maestro, a la vez, y no meramente pasiva.
- Debe ser sensible o estética, fomentando los sentimientos nobles del alma por el gusto de lo bello y lo bueno. Junto a la inteligencia y la voluntad conviene educar la sensibilidad, haciendo la enseñanza agradable e intuitiva, para que produzca dicha, favorezca el orden intelectual y contribuya al orden moral. Cuidando la salud, el ejercicio físico, la higiene, etc., pues un cuerpo sano, fuerte y bello favorece el orden intelectual.
- Debe ser moral, para convertir al educando en un hombre bueno, honrado y virtuoso modelando corazones sanos, buenos y santos de acuerdo con la doctrina de la Iglesia, con el ejemplo de padres y educadores.
- Debe imprimir carácter, forjando hombres orientados hacia fines nobles, a los cuales ordenan todas sus energías y subordinan intereses y pasiones.
- Debe ser religiosa, que atienda al fin último y a los medios ordenados. Sin educación religiosa no puede haber educación integral. “La educación es un medio que dirige al hombre a su destino temporal y eterno” (Manjón, 1905, p. 42).
- Debe ser libre, para que los padres elijan los establecimientos que prefieran para la educación de sus hijos, libertad académica para elegir escuela, método y maestro, pero la enseñanza pública ha de ser católica.
- Debe ser artística, cultivando las tres bellas artes: música, dibujo y poesía.
- Además de artística debe ser manual, pues no basta gustar y saber, se necesita saber y de aquí la necesidad de ejercitar las manos con ejercicios prácticos que preparen para un arte u oficio que les sirva en el futuro.

A continuación detalla de qué forma no se dan estas condiciones pedagógicas en nuestros centros oficiales por lo que se pregunta si “¿tal educación es educación?”. Después de hacer una pregunta por cada una de las condiciones concluye con “¿es educación una enseñanza que, a lo más instruye pero no educa?” (Manjón, 1905, pp. 51-55). Deja la respuesta al público asistente y pide la colaboración de todos para poner remedio a tan graves males, trabajando alumnos y maestros por una buena educación, pues “este pueblo infeliz, hoy mal alimentado, mal vestido, mal administrado y mal regido, tendrá seguramente pan, camisa, administración y gobierno, cuando esté bien educado; porque de la educación buena o mala depende la grandeza o la ruina de las naciones” (Manjón, 1905, p. 56).

Este discurso regeneracionista, pero de carácter católico y conservador, no fue del agrado de todos, especialmente entre los liberales y partidarios de la enseñanza laica. Las críticas surgieron después de su publicación por considerar, su autor, que fueron “verdades demasiado claras y amargas”. (Manjón, 1973, pp. 129, 131 y 132).

A partir de lo expuesto en este discurso continuó publicando trabajos indicando algunos remedios para los males aquí mencionados. Al hacerse las escuelas famosas, los visitantes pedían algún escrito para conocer el pensamiento del Ave-María. Para dar cumplimiento a tal petición, empezó a publicar las “Hojas del Ave-María”, las cuales fueron reunidas en varios volúmenes, que tratan de responder a aquellas célebres preguntas del discurso de 1897. En junio de 1917 nos dice que las Hojas del Ave-María forman una docena de libros y otra de folletos que se han distribuido por España y América dando origen a ideas e instituciones escolares similares al Ave-María. Los más buscados y pedidos son: *El Pensamiento del Ave-María*, *Hojas Catequísticas y Pedagógicas*, *Modos de Enseñar*, *Ley, Instrucción y Reglamento de las Escuelas* y *El Maestro mirando hacia dentro*, que piden muchos maestros (Manjón, 1956, p. 465). Después de su muerte se publicó una de sus más extensas obras, sobre los maestros, *El Maestro mirando hacia fuera o de adentro a fuera* (Manjón, 1923-1924).

Otra de las tareas importantes de Manjón fue el llevar a la práctica sus ideas pedagógicas.

4. La práctica educativa

El fin que persiguen las Escuelas, es educar enseñando, haciendo hombres y mujeres bien desarrollados, sanos de cuerpo y alma, “dignos del fin para que han sido creados y de la sociedad a que pertenecen” (Manjón,

1895, p. 3). Para alcanzarlo se sirve de la educación, como el gran medio, y de la enseñanza como un instrumento.

Se admitía a los niños pobres completamente gratis, desde los tres años hasta que decidían abandonar. Aunque en un principio se pensó en dar preferencia a las niñas, a lo largo de los años fueron aumentando los varones, siendo, éstos, en 1915 las tres cuartas partes de los educandos (Manjón, 1956, p. 437). Se procuraba, que cuando dejaran la escuela, ocupasen un puesto digno en la sociedad. Se agrupaban en secciones, de acuerdo a las diferentes edades, sexos y condiciones, lo que permitía una mejor enseñanza graduada: “A los niños párvulos se dan nociones de todos los conocimientos de la 1.^a Enseñanza, a los medianos se les amplían y a los mayores se les completan; saliendo de entre éstos los más aplicados y dispuestos para seguir estudios y permaneciendo en las Escuelas de adultos los que se dedican a otras profesiones u oficios” (Manjón, 1895, p. 7).

La enseñanza, que era simpática o agradable, intuitiva, progresiva y eminentemente práctica comprendía las siguientes materias: Doctrina cristiana; Historia sagrada; Lectura; Escritura; Aritmética; Geometría; Geografía; Gramática; Historia patria; Labores, según sexos, los niños en campos agrícolas y talleres y las niñas en las tareas propias de la mujer; Música y canto; Gimnasia, por medio de juegos libres, vigilados por el maestro; e Higiene. Los alumnos mayores, que más sobresalían, estudiaban preferentemente para sacerdotes o maestros y los demás aprendían un oficio (Manjón, 1895, pp. 7-9).

El calendario escolar se diferenciaba bastante del de las demás escuelas, pues pretendía que los niños pudieran asistir durante todo el año, y lo consiguió, pues aunque se respetaban las vacaciones populares y días festivos, muchos niños podían acceder a las escuelas para jugar, asistir a los actos religiosos, etc. Las vacaciones que más duraban eran: las de Navidad, del 24 de diciembre al 2 de enero; las de Resurrección, desde el Miércoles Santo al Domingo de Resurrección; las del Corpus, desde las doce de su víspera hasta el domingo siguiente; y las de verano, desde el 16 de julio hasta el 15 de agosto. Estas últimas eran medio vacaciones porque había clases por la mañana, de ocho a diez, y luego baños; a excepción de los ocho últimos días que se dedicaban a descanso de los profesores y limpieza y reparación de las escuelas.

Las horas de clase eran: de nueve a doce de la mañana, con un descanso de diez y media a once; y de dos a cinco de la tarde, con otro descanso de tres cuarenta y cinco a cuatro. Por las mañanas había misa, de ocho y media a nueve, y por las tardes visita al Santísimo, durante un cuarto de hora, a partir de las tres y media. El horario quedaba como sigue:

MAÑANAS

- 9 a 10,30 - Lista, revista de aseo, explicación del pensamiento fundamental del día, lectura explicada con ejercicios de Gramática o Lengua, y escritura.
- 10,30 a 11 - Juego.
- 11 a 12 - Cálculo, algo de Aritmética y Geometría, destinando el último cuarto de hora, a solfeo cinco días y uno a canto.
- 12 a 2 - Comida y juegos.

TARDES

- 2 a 3,30 - Religión o Doctrina e Historia de la Religión, y lecturas.
- 3,30 a 4 - Visita al Santísimo y juegos.
- 4 a 5 - Lecturas, y, unos días, Geografía e Historia patria y, otros días, Ciencias naturales o físicas, Higiene, Urbanidad, etc.

En julio había clases por las mañanas y en los meses de noviembre a febrero, inclusive, la comida y los juegos del mediodía era de 12 a 1'30. Fuera de estas horas podían permanecer todas las horas que quisieran, pues, los amplios espacios, que rodeaban los edificios, servían tanto para practicar la enseñanza al aire libre, como para jugar y disfrutar de un ambiente sano y saludable (Manjón, 1946, pp. 322-324).

Entre lo que más admiración causaba, a los visitantes, se encontraba la enseñanza lúdica, libre, activa e intuitiva con la que aprendían los niños, en permanente contacto con la Naturaleza, aislados de los inconvenientes de los centros urbanos. Federico Oloriz, catedrático de Medicina de la Universidad de Madrid, publicó sus impresiones de la visita que realizó a las Escuelas del Ave-María del Camino del Monte, el 17 de junio de 1896. Se encontró por el camino, a las seis de la mañana, a dos chiquillos que iban a las Escuelas y que le acompañaron durante varias horas. Eran felices porque se pasaban todo el día jugando, hasta que se ponía el sol, y sólo entraban a clase para escribir. El resto de las actividades se desarrollaban al aire libre en los amplios espacios naturales. Incluso algunos se quedaban por la noche a dormir, pues en la calle se arriesgaban a que los cogieran por vagos. Se divertían con cantidad de juegos populares, que habían convertido en didácticos, aplicándolos a las diferentes materias del programa escolar. Allí per-

manecían, la mayoría de ellos, hasta la noche, comiendo de lo que cada uno podía llevar, compartiéndolo con los que no tenían que comer, y con la ayuda de Manjón que les daba lo que podía. En una verja pudo ver unos remates con grandes letras de hierro que servían para que, por medio del juego de las esquinas los pequeños aprendiesen el alfabeto y los mayores geografía e historia. Un grupo de muchachos jugando al salto del carnero, o de la muerte, repasaban los conocimientos de geografía, cálculo, historia, gramática y otros que se adaptaban al sistema de preguntas y respuestas rápidas. En una pila rústica y de agua fresca y cristalina se mojaban los niños y en ella jugaba Manjón a las cerezas, con los niños sucios, consiguiendo que adquiriesen hábitos de aseo y gusto por el cuidado personal y la limpieza. Otros se comunicaban con los niños de la Abadía del Sacro-Monte por medio de un sistema de telégrafo óptico y silbidos agudos y graves que representaban letras del alfabeto. Algunos cuidaban los árboles de orugas y limpiaban las plantas y arbustos del trozo de jardín que tenían asignado, de esta forma aprendían sin fatiga botánica y agricultura. Escribían y dibujaban en las losas de mármol incrustadas en los muros que servían de encerado a cielo descubierto. Construían relojes de sol demostrando conocimientos de astronomía. Utilizando tierra y piedras de diferentes formas, colores y tamaño, un grupo de escolares, reproducía en una plazuela, un gran mapa de España con sus límites y accidentes geográficos basándose en un modelo pintado en un cartón, encargándose los más doctos de corregir los posibles errores. Se ejercitaban en la observación, la comparación, la estimación de distancias y hasta razonaban de política, aprendiendo mutuamente unos de otros. Con Manjón recorrió el carmen ocupado por las niñas que se entretenían en útiles labores, repitiendo lecciones, cantos y plegarias religiosas. Revisó algunos diarios escritos por ellas y visitó el templo-escuela en cuya extensa nave estaban los parvulitos, sentados sobre gruesos maderos, donde un maestro gitano les enseñaba la doctrina cristiana. Luego pasó a una explanada, donde al toque de corneta acudieron un enjambre de muchachos, que dejaban sus anteriores lecciones, armados con fusiles de madera y ordenados en filas formaban un batallón en el que uno de ellos hacía de coronel, mandando las maniobras militares. Marchaban hacia los cuatro puntos cardinales en dirección donde se encontraban diferentes ciudades, provincias y naciones. El mando no se entregaba al de mejor aspecto físico, sino al más inteligente. Finalmente le condujo a una parcela del jardín en la que había un gran mapa de España construido con pequeños arbustos. Varias piedras blancas, poco salientes, correspondían a lugares de mayor interés histórico y un niño, subido en una piedra mayor, situada en el centro y que hacía de tribuna, con una larga vara empezó a señalar y recitar la situa-

ción de España en los últimos años del imperio visigótico. Unos cuantos niños representaban a los invasores sarracenos que estaban fuera del mapa y otros, en el interior, a los visigodos. Reproducían jugando una lección de la historia de España con sus reyes, batallas, conquistas, etc. dando prueba de sus buenos cocimientos. Vivamente impresionado, expuso lo que había visto en la sesión, dedicada a propagar las fundaciones de Manjón, del Ateneo de Madrid del 16 de diciembre de 1898, y volvió a visitar las Escuelas en noviembre de 1899 (Oloriz, 1900, pp. 1-15).

El interés por los juegos pedagógicos, preocupaba seriamente a Manjón y trabajaba en nuevos juegos y juguetes, pues con ellos obtenía mejores resultados que con los libros. Larga sería la enumeración de los que fue aplicando para el aprendizaje de las diferentes materias y que va anotando en su *Diario* por lo que citaremos algunos: el de barajas de números, para aprender las operaciones aritméticas; el de bolos, para enseñar a contar; el de los hoyos, para enseñar las provincias de España; el de la rayuela, para la historia patria; el de los escapularios, con letras, guarismos y otros signos, para los párvulos; el de los eclipses; el de comerse España y el de mapas mudos para la geografía; los de historia sagrada; el de los diez mandamientos; el de las representaciones personalizadas para la historia de España; el de lugares aritméticos, para conocer los números por el lugar que ocupan; el de las siete peticiones del padre nuestro, que practicaban las niñas jugando a la comba; el del viaje alrededor de la tierra, para la geografía, etc... En su elaboración colaboraron también los maestros, algunos de los cuales ya los venían aplicando con éxito (Manjón, 1973, pp. 41, 42, 241, 242, 257, 258, 259, 260, 291, 272, 280, 302, 312, 314, 319 y 324).

El aprender haciendo no se limitaba sólo a los conocimientos, también realizaban trabajos manuales, especialmente los mayores, en los diferentes talleres: las niñas disponían de los de lavado, planchado, costura y cocina (Manjón, 1973, pp. 125, 130, 132, 137 y 163); y los niños los ya mencionados anteriormente, que se instalaron luego en el carmen de San Juan de la Victoria. Con ellos se abastecían las necesidades de la casa y algunas peticiones de fuera y los niños se preparaban para algún oficio. También existían bandas de música y de cornetas y tambores por lo que algunos, al terminar el período escolar, se ganaban la vida como músicos.

El material didáctico, tan importante para la enseñanza intuitiva, era muy abundante, destacando, especialmente, el dedicado a la enseñanza de la geografía, cuyos mapas sumergidos en el jardín, y el sistema planetario, consistente en un aparato giratorio, al aire libre, donde giran todos los planetas alrededor del sol, eran admirados por los visitantes (Manjón, 1973,

pp. 241, 315 y 324) y ante ellos se hicieron demostraciones cuando el Rey visitó las Escuelas el 30 de abril de 1904 (Manjón, 1973, p. 354). Se constituyó un Museo que reunía en un salón todo lo que necesitaban los niños y niñas; y una Biblioteca, organizada por los niños de la clase superior, en la que se depositaban los libros que ellos mismos se encargaban luego de repartir y controlar (Manjón, 1973, p. 67).

Al igual que en las colonias escolares, se cuidaba la salud de los niños. Disfrutaban permanentemente del limpio aire del campo, del sol, de baños y duchas, de cuidados médicos, de vacunaciones y de un botiquín, regalado por un farmacéutico de Granada (Manjón, 1973, pp. 74, 171, 187, 200, 228, 242, 312 y 395). A los más necesitados se les proporcionaba diariamente comida, existiendo a tal efecto una cantina escolar con cocina; y lo mismo ocurría con el ropero para vestir y calzar a los desnudos.

Las relaciones con las familias y demás estamentos sociales eran frecuentes, colaborando los niños de las escuelas, con su batallón infantil y bandas de música, en los actos festivos populares de la ciudad e invitaban, a su vez, al pueblo a los diferentes actos festivos que tenían lugar en las escuelas, desde los religiosos a los académicos y lúdicos, con representaciones teatrales y zarzuelas escritas especialmente para ser representadas por niños. Esta influencia social se dejó sentir en el entorno, cambiando a mejor sus malos hábitos y consiguiendo, no sólo mejoras morales y culturales, sino, también, urbanas, en unos barrios abandonados que carecían de lo más elemental.

Por todo ello, nos atrevemos a decir, que estas Escuelas fueron de las pioneras del movimiento de la Escuela Nueva en España, adelantándose al movimiento de las Escuelas al Aire Libre extendidas por Europa a principios del siglo XX.

Referencias bibliográficas

- Manjón, A. (1892). *Memoria de las Escuelas del Camino del Sacro-Monte o Colegio del Ave-María. 1891-1892*. Granada: Imprenta de José López Guevara.
- (1895). *Pensamiento de la Colonia escolar titulada Escuelas del Camino del Sacro-Monte o Colegios del Ave-María*. Granada: Imprenta de Indalecio Ventura.
- (1896). *Las Escuelas del Ave-María en el curso de 1895 a 1896*. Granada: Imprenta de Indalecio Ventura.
- (1898). *Memoria de las Escuelas del Ave-María de Sargentos (Burgos). 1893 a 1898*. Granada: Imprenta de Indalecio Ventura.

- (1900). *El Pensamiento del Ave-María. Colonia escolar permanente establecida en los cármenes del Camino del Sacro-Monte de Granada. Monograma del Ave-María*. Granada: Imprenta-Escuela del Ave-María.
 - (1901). *El Pensamiento del Ave-María. Segunda Parte. El mismo pensamiento mirando al revés*. Granada: Imprenta de las Escuelas del Ave-María.
 - (1902). *Síntesis de El Pensamiento del Ave-María, 1889 a 1901*. Granada: Imprenta de las Escuelas del Ave-María.
 - (1905). *Discurso leído en la solemne apertura del Curso Académico 1897 a 1899 en la Universidad Literaria de Granada* (4.ª ed.). Granada: Imprenta-Escuela del Ave-María.
 - (1923-1924). *El Maestro mirando hacia fuera o de dentro a fuera*. Madrid: Tipografía de la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos».
 - (1946). *Ley, reglamento, instrucción y presupuesto del Ave-María*. Alcalá de Henares: Imprenta Talleres Penitenciarios.
 - (1948). *Modos de enseñar*. Alcalá de Henares: Imprenta Talleres Penitenciarios.
 - (1956). *Hojas circunstanciales, hojas históricas y hojas cronológicas del Ave-María*. Madrid: Gráficas Nebrija.
 - (1973). *Diario del P. Manjón. 1895-1905*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Oloriz, F. (1900). *Recuerdos de una visita a la Colonia escolar fundada por D. Andrés Manjón*. Madrid: Imprenta y Librería de Nicolás Moya.